



# Función paterna y rol del terapeuta

*Psic. Luis Correa*

Función paterna:  
entre el mito y la historia

---

El tema de la paternidad hoy aparece tan relacionado a la noción de crisis, que hasta se ha afirmado que nos encaminamos hacia una "sociedad sin padre". Los cambios en la paternidad se inscriben en el contexto de los cambios en la subjetividad contemporánea, que abarcan al género y a los roles asociados al género, entre otros, los que se expresan en la configuración de los vínculos familiares. En particular en el campo psicoanalítico tales transformaciones han dado lugar a una revisión de la teoría, de sus bases epistémicas y de su aplicación terapéutica. Daniel Gil, junto a Sandino Núñez,<sup>1</sup> acaban de hacer una contribución muy significativa a este respecto. El título del libro remite a una dimensión cuasi mítica del tema. Sin embargo, el desarrollo se centra en aspectos históricos y sociales. Me gustaría poder compartir algunas reflexiones sobre cómo se implican lo mítico y lo histórico en la determinación de la

*Carlos Berg 2539  
Montevideo  
Tel. 711 00 17  
lcorreay@adinet.com.uy*

función paterna, para desembocar luego en la intersección entre ésta y la psicoterapia analítica.

“¿Por qué me has abandonado?”, es la queja de Jesús a su padre celestial en la cruz. ¿Por qué me has abandonado a la muerte? A la oscura madre terrestre a cuyo seno los hombres comunes vuelven. Creo que hasta ese dramático momento puede percibirse en la prédica de Cristo una sorda certeza de poder, derivada de su peculiar filiación. El grito en la cruz no sólo expresaría la angustia ante el fracaso de una misión, sino ante el colapso de una identidad. La genialidad del Cristianismo –resurrección mediante– consiste en haber reafirmado la preeminencia del Dios Padre allí donde parecía más evidente su fracaso. En este sentido el Cristianismo es un retoño del árbol patriarcal del pueblo hebreo, a cuya sombra se construyeron las sociedades occidentales.

Para aclarar mejor el punto voy a tomar algunas ideas prestadas a Fromm.<sup>2</sup> El mito bíblico de la creación, uno de los sustentos del patriarcado, en tanto le asigna predominio al hombre sobre la mujer, no es el mito más antiguo, ni el único modelo imaginario sobre el comienzo de la vida. Entre los pueblos primitivos es habitual encontrar diosas madres en el origen de todo.

La lectura clásica de la Antropología (Banchofen) sobre este dominio ancestral de lo femenino se corresponde con la teoría de la promiscuidad primitiva según la cual sólo la maternidad se vuelve indudable y de esto derivaría el poder de la mujer para controlar la vida de sus hijos y legislar en sus vidas. Para que el hombre adquiera preeminencia es necesario que la filiación paterna pueda establecerse con certeza. Para ello es necesario que el hombre sojuzgue la libertad de la mujer, y antes que nada su libertad sexual.

En Babilonia, antes mismo de que la cultura hebrea alcanzara su madurez, encontramos un mito que narra este pasaje. Thianat, diosa madre imperaba en el universo del cual era creadora. Sus hijos varones conspiran para derrocarla y eligen a Marduk para dirigir la revuelta. Para justificar esa confianza éste debe dar muestras de su poder. Deberá “con el poder de su boca” hacer desaparecer y reaparecer un manto. Marduk salva la prueba destruyendo y reconstruyendo con sus palabras el manto en cuestión. El nuevo jefe celestial debe, como su antecesora, dar pruebas de poder engendrar, pero no ya con su cuerpo sino con la palabra. Al misterio de la biología, que crea la vida en lo oculto de los cuerpos de las hembras, se opone el misterio más asombroso aun de las palabras eficaces, magia que supera el poder de la diosa y que identifica al poder masculino. Marduk derrota a la diosa

madre y con su cuerpo forma el cielo y la tierra. El nuevo rey de los dioses muestra su poder masculino de destruir y de modificar a la Naturaleza.

Dice Fromm: "El mito bíblico de la creación empieza, precisamente, allí donde termina el mito babilónico. Han desaparecido ya casi todos los restos de supremacía de las diosas-hembras. La creación empieza con la magia de Dios, la misma magia de la creación mediante la palabra. Se repite el tema de la creación masculina: al revés de lo que ocurre en la realidad, el hombre no nace de la mujer sino que ésta se hace con el cuerpo de aquél. El mito bíblico es casi un canto de victoria sobre la mujer derrotada".

Pero detrás del patriarcado late la amenaza matriarcal. En el Cristianismo, que retoma la tradición de la concepción virginal, se hace más evidente esta tensión.

La religión hebrea comienza con un hombre signado por la maldición de la esterilidad. ¿Qué otra cosa que la sorprendente promesa de una descendencia numerosa moviliza a Abraham a emprender una aventura irracional hacia la Tierra Prometida?

Frente a aquel Abraham que engendra por el poder de Dios a Isaac en el vientre de una Sarah ya vieja e inapta biológicamente para la maternidad, se alza María quien engendra, por el poder del mismo Dios, a un niño sin padre humano conocido o reconocido.

Para Leonard Shlain<sup>3</sup> en *El alfabeto contra la diosa*, la invención de la escritura representa una profunda transformación en la cultura humana. La lectura de un sistema alfabético basado en una operación simbólica con alto contenido de abstracción, frente al predominio de la experiencia visual de las sociedades ágrafas, coincide con el desplazamiento de las primitivas deidades femeninas y su sustitución por divinidades masculinas, fundantes de la estructura patriarcal de las sociedades humanas.

Podemos pensar, en ese contexto, una tematización de la función paterna como un mecanismo de control que impide el retorno al poder de la madre devoradora, promiscua y tiránica que castra y manipula a sus criaturas. Los aspectos abusivos de las sociedades patriarcales revelan, al trasluz de la trama, el horror al poder femenino: son los excesos generados en el esfuerzo por mantener a raya lo que Lacan conceptualiza como la madre fálica y que constituye el temible proto ideal femenino. "Yo te hice y yo puedo deshacerte" le decía en mi barrio una madre a su hijo, de previsible evolución esquizofrénica, mientras "corregía sus diabluras" a golpes.

No obstante, las sociedades del padre han necesitado rescatar los

aspectos positivos de la maternidad. A la idealización negativa de su supuesto poder destructivo corresponde la idealización positiva que conforma el arquetipo de la buena maternidad. Así como Freud dice que el protopadre de la horda es transformado luego del crimen de sus hijos en el tótem que el grupo adora y con el cual se identifica, la madre primordial se transforma en la buena madre que cuida y protege a sus hijos, bien que subordinada al padre. Como exponente histórico ejemplar del ideal materno en Occidente tenemos al culto mariano de la Edad Media, que corre paralelo y a la vez complementa a la organización feudal, rígidamente patriarcal.

### Historias cercanas

---

Nuestros pacientes son portadores en su inconsciente de estos relatos antiguos. Las circunstancias peculiares de sus biografías van modulando las ambivalencias y las peripecias de su novela personal. Nos convocan a participar del escenario arcaico donde se desarrolla la cosmogonía de su alma. No otra cosa es la transferencia. Nosotros como terapeutas aceptamos participar en el juego. Si todo sale bien seremos personajes episódicos, adyuvantes de fuerzas que se insinúan al comenzar el tratamiento pero que aún no cuentan con el poder suficiente para mejorar la historia.

El miedo a la locura que surge en ciertos momentos del análisis, tanto de hombres como de mujeres, brota desde la profundidad preedípica del inconsciente y expresa el miedo al retorno de la madre tiránica. El rol del terapeuta (o la terapeuta), sostenido en la transferencia, coincide en esa coyuntura del trabajo analítico con la función paterna, entendida como instancia liberadora del horror primordial a la madre todopoderosa que intentaría reincorporar a su producto.

### Viñeta

---

Voy a ilustrar lo que vengo diciendo con un relato de mi tarea como director de liceo. Se trata de una anécdota sencilla, de las que hay tantas en la cotidianidad de esta clase de instituciones. Hace algunos años un estudiante de trece años faltaba a clase por una insistente fiebre sin causa diagnosticada. Llamé a la casa para interesarme por la situación y como no pude hablar con ninguno de los padres, dejé un mensaje en el celular del padre. Al otro día es la madre quien se

acerca al liceo para hablar de las inasistencias y las estrategias de apoyo pedagógico para procurar la promoción. Me confirma la ausencia de diagnóstico y el desconcierto de los médicos. La madre trae también una carta del padre comprometiéndose a seguir pagando las cuotas a pesar de que el hijo no concurra y expresando que aun si quedara libre por faltas tendría la disposición de cumplir con el compromiso económico. Por supuesto que la institución no le había requerido esa clase de seguridades. Aparentemente nada en estas circunstancias produce demanda psicológica. Sin embargo, la madre dice: "Usted como psicólogo, se dará cuenta de lo angustiado que está Esteban. El padre está preocupado, pero trata de darle ánimo diciéndole que no le pasa nada". El padre de Esteban es un profesional muy apreciado, amante de la ciencia y de los deportes. No puede aceptar que el problema de su hijo no pueda ser encarado racionalmente en forma apropiada. Al abuelo paterno, fundador de la empresa que ahora gerencia el padre de Esteban, según el relato de la madre, le ocurre lo mismo. Y no son los únicos.

El médico -varón- que siempre lo ha atendido y que frente al cuadro de fiebre ha indicado todos los exámenes clínicos de rigor con resultados negativos, le dice: "Vos no tenés nada, andá al liceo y hacé vida normal". Consecuencia: la fiebre aumenta a la par de la angustia. Esteban exige a sus padres que le cambien el médico. La madre le dice: "¿No querés consultar a Rodolfo?" (el psicólogo con quien el joven había tratado focalmente sus problemas de timidez, un par de años antes). Y el joven responde: "Es que no tengo nada que decirle". Seguramente lo que tiene para decir, sin saber que lo está diciendo, se expresa a través de la columna de mercurio.

El abuelo materno, que lo acompañaba en sus intereses, falleció seis meses antes de la aparición de la fiebre. Entre estos intereses se cuentan el golf y la gastronomía. El padre no se opone abiertamente a tales actividades, pero le ha dicho que el golf es un deporte para "firulos". Otro hermano varón, menor que Esteban, responde al ideal masculino del padre: buen deportista, audaz, desenvuelto, competitivo.

Durante la entrevista la madre se angustia y me entrega una carta que su hijo le dejara días antes en la cartera. Esta carta fue escrita por Esteban después de una discusión entre los padres, debida a que el padre se quejaba del desorden en la casa. En ella Esteban habla de su miedo por la enfermedad y le promete ayudarla a arreglar la casa. Le dice que tiene que entender al padre, que es bueno pero que vive muy ocupado. Dice también que no soporta verla llorar y añade expresiones de amor, decoradas con corazones

y flores. Pero le impone una restricción que la madre acababa de transgredir. Le pide que no le muestre la carta a nadie y que ni siquiera a él mismo le haga después referencia de su existencia.

Como director de liceo, por más que la madre indirectamente me pide ayuda como psicólogo, no debía salirme de lo manifiesto. Me limité a estimular la mirada psicológica sobre el síntoma, gestión que resultó exitosa ya que tiempo después la nueva pediatra, sin desatender otros aspectos médicos, solicitó consulta con un psiquiatra infantil. Pero no pude evitar preguntarle a la madre por qué me había mostrado una carta sobre la que el propio muchacho le había pedido que guardara la reserva más absoluta. La madre se muestra perpleja. No se le había ocurrido tomar en serio el pedido de su hijo, un chico de apenas trece años porque: "¡Qué secretos puede tener!"

Me quedé pensando en la particular forma que tomaba la angustia de castración en este caso. Se me ocurrió asociar con que Esteban estaba "caliente". Erotizado con su madre, pero también enojado con la ausencia de su padre. Esta ausencia no es sólo física, sino fundamentalmente simbólica. La angustia de castración pasaría porque no se propicia la identificación; el joven siente que el padre no habilita una parte de lo que él quiere ser, con lo cual le deja encerrado del lado de la madre. Es frecuente que los hombres encuentren dificultades como padres cuando las peculiaridades de carácter e intereses de sus hijos varones no se amoldan a su propia imagen de masculinidad. Me temo que estos conflictos son más frecuentes desde que los roles de género han ingresado en una fase de grandes modificaciones. En este caso el malentendido abarca a otros hombres significativos, como el primer pediatra y el abuelo paterno, quienes podrían haber relevado al padre en esa función. La fiebre surge luego del fallecimiento del único hombre que atendía estas inquietudes de Esteban y al hacerlo las legitimaba. La madre por su parte, como también es frecuente, no asumía los cambios inherentes a la pubertad de su hijo. Si bien se angustia, valora el interés del hijo por colaborar, a pesar de su malestar, en las tareas de la casa, aplacando así la ansiedad del padre por el desorden. Podríamos pensar que es otro el desorden que necesita acomodo en esta familia. La experiencia clínica muestra con harta frecuencia cómo los disturbios que se originan en las quejas obsesivas de un miembro de la familia (y es frecuente que éste sea el padre) denuncian un malestar en los lugares de la trama vincular.

Quisiera añadir una reflexión acerca de mi participación, muy lateral en el episodio. La madre a través de su relato y de las

respectivas cartas trae, sin darse cuenta, al síntoma de Esteban como algo que requiere una lectura en otro registro. Creo que más allá de lo manifiesto la madre le estaba pidiendo ayuda a alguien que, como figura simbólica, podía representar un sucedáneo de la función paterna. Y en este pedido de ayuda puede incluirse al padre que si bien no contesta personalmente el llamado, ni encuentra lugar en su agenda para concurrir al Colegio, expresa su disposición a sostener, como puede y sabe, al ambiente exogámico de pertenencia de Esteban.

He elegido esta sencilla viñeta para hacer contraste deliberado con los tonos épicos de la especulación teórica. Cuando hablamos de fallas en las funciones materna o paterna, solemos representarnos escenas dramáticas: padres brutales o frágiles en extremo; madres fálicas o tan débiles que no pueden sostener a sus hijos. Y si bien la realidad tiene a veces dimensión novelesca, lo más frecuente es que estas fallas se presenten de manera más sutil y con poca intensidad, en el seno de familias comunes y a través de síntomas poco espectaculares.

En el trabajo psicoterapéutico individual disponemos de la transferencia para operar con los objetos internos del paciente y cuando se trata de niños o adolescentes no es poco lo que podemos hacer para ayudar a los padres reales, en entrevistas conjuntas, a fin de que tomen conciencia de los conflictos que los síntomas de sus hijos denuncian. Sin embargo no siempre es fácil detectar fallas en la función paterna.

### La función paterna y la clínica

---

Bernard Brusset<sup>4</sup> ha destacado que desde el punto de vista de la clínica hay ciertas dificultades en precisar las especificidades de la carencia paterna y el tema no se resuelve invocando la dimisión contemporánea del padre. La génesis de esta dificultad se debe a la naturaleza misma de la función paterna, que no es reductible a la observación directa, como sí lo es la función materna. Aunque el entramado de lo biológico con lo cultural da a la misma una complejidad que no se capta con lo meramente observable, lo cierto es que tenemos un modelo de carencia materna sobre el cual operar en la cura psicoanalítica. No ocurre lo mismo con la función paterna. Tan es así que Freud rompe con la observación directa en el recurso al mito que sustenta al Edipo y más todavía con las referencias al crimen primordial de la horda primitiva. El

estructuralismo, con Lévi-Strauss primero y Lacan después, intentó especificar la función paterna. En conclusión dicha función es remitida a la lógica de la estructura cultural: lenguaje, normas, poder y verdad, en oposición a la madre que queda del lado de la naturaleza, de lo no simbólico, de la percepción y lo sensible. Pero Brusset señala que el padre de Lacan es una abstracción, un Nombre, una metáfora que se acomoda mejor a la teoría que a la clínica. Winnicott por su parte toma en cuenta la complejidad de las funciones materna y paterna basadas en la bisexualidad constitutiva. Retoma, y a nuestro juicio enriquece, no sólo el concepto mismo de bisexualidad que ya había apuntado Freud, sino la dialéctica kleiniana de los objetos buenos y malos. Así vemos en la historia de la mayoría de nuestros pacientes, madres con aspectos paternos positivos y padres con aspectos maternos igualmente positivos. Lo que ocurre es que las imagos, en tanto esquemas referenciales de los vínculos del sujeto con sus objetos, se elaboran en parte sobre las relaciones intrafamiliares reales, pero mucho más en base a fantasías surgidas de los lugares asignados por las profantasías, cuya necesidad es consecuencia de la sexualidad psíquica. Así, en la clínica, el padre es a menudo requerido como aquel que protege y defiende de la madre violenta, perversa o abandonica. Pero junto a este padre luminoso como un caballero andante hay un padre de las tinieblas, que transgrede las prohibiciones consumando el incesto con su hija y castrando, o matando a su hijo. Mala salida es para el sujeto volver atrás, buscando el sostén amoroso de la madre buena del origen, porque este retroceso condena al psiquismo a permanecer inmaduro. Es ante el despliegue de estos conflictos, en lo profundo del psiquismo, que somos requeridos por nuestros pacientes.

La función paterna encarnada en el analista debería operar para ayudar al paciente a separarse de sus imagos primitivas, tanto de la madre devoradora como del proto-padre tiránico. La función materna es el fundamento de todo vínculo y por ello no puede ser ajena a nuestro trabajo; como dice Badinter:<sup>5</sup> "...la simbiosis maternal es el origen de la capacidad de nutrir, de sentir y expresar ternura y de establecer apego... La relación primaria con la madre es la condición esencial de la identidad del ser humano". Sin embargo, como recuerda Urribarri,<sup>6</sup> frente a las crisis vitales que señalan los cambios evolutivos (por ejemplo en la adolescencia), cuando se reactivan las ansiedades más primitivas, es en un movimiento hacia lo paterno donde se recorta la búsqueda de salvaguarda y seguridad. Por ello si hay cura en el psicoanálisis, si hay un fin de



análisis que signifique mayor autonomía y salud para el paciente, el mismo no puede transcurrir sin afrontar en transferencia lo que E. Abelin ha llamado la *sed de padre*, que late en el origen de todo viaje hacia lo desconocido de sí mismo y del mundo.

### Analista padre no patriarca

---

El libro de Gil y Núñez ha investigado la relación política entre el sistema patriarcal y la teoría y la práctica psicoanalítica. No podía pasar sin ruido. No es posible ser psicoanalista hoy sin revisar nuestra tarea a la luz de las transformaciones que estamos considerando y que ilustran formas de concebir la trama social, de asignar el lugar de los hombres y las mujeres en ella, y de producir la subjetividad de las nuevas generaciones. La insistencia en una lectura rígida de la teoría y el ejercicio de una técnica interpretativa basada en los prejuicios de la sociedad patriarcal, condena al psicoanálisis a la esterilidad, como bastión ideológico de un orden de cosas anacrónico. La porción de luz que ha echado en la vida de los seres humanos sólo puede conservar su brillo si en fidelidad a sí mismo encuentra respuesta para los sufrimientos reales de la gente. Y hoy esos sufrimientos pasan en gran medida por hombres angustiados frente a la crisis de identidad que acarrearán las nuevas expectativas sobre su género y por mujeres que intentan construir su subjetividad sin reproducir, invirtiéndola, una organización de la vida cotidiana injusta y opresiva.

Para ello no debemos vacilar en ser para nuestros pacientes "buenos padres y buenas madres". Buenas madres que acojan a sus pacientes sosteniéndolos en su fragilidad. Y buenos padres que habiliten el despliegue de una autonomía con seguridad y audacia, sin imponer sutilmente nuestras expectativas de mérito, nuestros prejuicios de género. En esto radica la sabiduría de la neutralidad terapéutica, a menudo confundida con frialdad y distancia.

## Notas

1. Gil, D. y Núñez, S., *¿Por qué me has abandonado? El psicoanálisis y el fin de la sociedad patriarcal*, Ediciones Trilce, Montevideo, 2002.
2. Fromm, E., "Sexo y carácter", en Autores varios (comp.) *La familia*, Editorial Península, Barcelona, 1978.
3. Shalalin, L., *El alfabeto contra la diosa*, Debate, Madrid, 2000.
4. Brusset, B., "El padre en los estados límites", en *NA, Revista de psicoanálisis con niños y adolescentes* N° 10, Buenos Aires, 1997.
5. Badinter, E., *La identidad masculina*, Norma, Bogotá, 1993.
6. Urribarri, R., "Estructuración psíquica, padre y paternidad", en *NA, Revista de psicoanálisis con niños y adolescentes* N° 10, Buenos Aires, 1997.

*palabras clave: mito, función paterna, función materna, transferencia, imagos primitivas.*